

pero oíd a O'Leary: «Tenía el pecho angosto, el cuerpo delgado, las piernas sobre todo...» (*Memorias del general O'Leary*, vol. II, pág. 486.) La semejanza acrece cuando se le ponía al Don Quijote americano el rostro ceñudo, manifestando pesadumbre, pensamientos tristes e ideas sombrías. Sólo que el Libertador, que tenía las patillas y el mostacho tirando a rubio, no usaba en sus últimos años, bigotes, mientras que los de Don Quijote eran grandes, negros y... caídos.

Y quién no recuerda aquella frase de Bolívar ya casi moribundo: «¡Los tres más grandes majaderos de la Historia hemos sido Jesucristo, Don Quijote... y yo!» A unos podrá parecerles esta frase en extremo irreverente y hasta blasfema, por lo de Jesucristo; otros dirán que mezcla a un ente de ficción entre dos de realidad, mas esto serían mezquindades de pobres hombres incomprensivos. Y en llegando al campo espiritual en que vivía, obraba y creaba Bolívar, el fundador de patrias, y donde acaba la realidad y empieza la ficción, o más bien donde termina la ficción y empieza la realidad. La historia era en Bolívar leyenda.

He sostenido en mi *Vida de Don Quijote y Sancho* que la raíz de la locura quijotesca hay que buscarla en aquel amor silencioso, avergonzado, tímido, que durante doce mortales años profesó Alonso Quijano a Aldonza Lorenzo, su convencina, sin osar en todo ese tiempo dirigirla la palabra. ¿No sería la raíz de la noble locura bolivaresca aquel terrible pesar que le causó la pérdida de su mujer, del grande y hondo amor de su vida?

Sólo un año vivió, como marido amante y enamorado, con su Teresa. En Bilbao, en mí Bilbao, no lejos, pues, del solar de los Bolívar, la cortejaba; en Madrid, a fines de 1801, se casó con ella. Un año después enviudaba. Y años más tarde, en plena acción militar y política, dijo a Perú de Lacroix: «Usted, pues, se casó a los cuarenta y cinco años... Yo no tenía diez y ocho cuando lo hice en Madrid, y enviudé en 1803 (el 22 de Enero), no teniendo todavía diez y nueve años. Quise mucho a mi mujer y su muerte me hizo jurar no casarme. He cumplido mi palabra. Miren ustedes lo que son las cosas: si no hubiera enviudado quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el general Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo en que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo».

Amores, amorfos más bien, tuvo varios Bolívar; no le faltaba algo de Don Juan. Basta recordar a Josefina, a Anita Lenoir, a Manuelita Sáenz, a la niña del Potosí y a aquella *vieja de Bolívar* de que nos habló Cunningham Graham (v. *Cartas de Bolívar* (1799-1822), pág. 335, nota). Pero acaso el recuerdo de aquel amor de sus diez y ocho años fué lo que se le transformó en amor a Dulcinea del Toboso, a la Gloria.

Libros de caballerías, sus libros de caballerías, leyó muchos; los que se leían en su tiempo, reciente la Gran Revolución y en plena epopeya napoleónica. La misma Gran Revolución se alimentó de historias de Grecia y Roma, de memorias de los héroes de Plutarco. «Yo no soy como Sylla, que cubrió de luto y de sangre a su patria; pero quiero imitar al dictador de Roma en el desprendimiento con que abdicando el sumo poder, volvió a la vida privada y se sometió en todo al reino de las leyes. No soy un Pisistrato...

LIBRERIA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc.,
a todos los países en las mejores
condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositario del *Repertorio Americano*.

etcétera». Así decía el Libertador en su discurso del 2 de Enero de 1814, en Caracas, ante la Asamblea reunida ese día en el templo de San Francisco. Y de esas reminiscencias aparecen a cada paso en sus escritos.

Y luego su Amadís, Napoleón. Porque es innegable la fascinación que Napoleón ejerciera sobre Bolívar, como sobre todos sus contemporáneos. Y la ejerció más cuando más quiso apartarse de sus malos ejemplos. Cabe decir, sin exceso de paradoja, que nunca trasantó más Bolívar a Napoleón que cuando se esforzó por no imitarle. Era lo de Chateaubriand con Rousseau.

En el *Diario de Bucaramanga* se nos cuenta los recuerdos personales que de Napoleón conservaba Bolívar, cuando asistió en Italia, en la llanura de Monteschiario, cerca de Castiglione, a una gran revista pasada por el Capitán sentado en un trono, y cuando en París, en Diciembre de 1804 le vió coronarse. Hablando del primer recuerdo decía: «Yo ponía toda mi atención en Napoleón, y sólo a él veía entre toda aquella multitud de hombres que había allí reunidos; mi curiosidad no podía saciarse y aseguro que entonces estaba muy lejos de prever que un día sería yo también el objeto de la atención, o si se quiere, de la curiosidad de casi todo un continente y puede decirse también del mundo entero.» ¿Lo oís? ¡El eco de todos los heroísmos y hasta de las santidades! ¡«Un día seré adorado por el mundo!», exclamó el Pobrecito de Asís. Y sin ese resorte humano, muy humano, y por lo tanto divino, no hay heroísmo.

«Usted habrá notado, no hay duda, que en mis conversaciones con los de mi casa y otras personas nunca hago el elogio de Napoleón; que, al contrario, cuando llego a hablar de él o de sus hechos es más bien para criticarlos que para aprobarlos, y que más de una

vez me ha sucedido llamarlo tirano, déspota, como también el haber censurado varias de sus grandes medidas políticas y algunas de sus operaciones militares. Todo esto ha sido y es aún necesario para mí, aunque mi opinión sea diferente; pero tengo que ocultarla y disfrazarla para evitar que se establezca la opinión de que mi política es imitada de la de Napoleón, que mis miras y proyectos son iguales a los suyos, que como él quiero hacerme emperador o rey, dominar la América del Sur como ha dominado él la Europa; todo esto lo habrían dicho si hubiera hecho conocer mi admiración y mi entusiasmo por aquel gran hombre».

En estas palabras de Bolívar a Perú de Lacroix, ¿no os parece oír a Don Quijote hablando de Amadís de Gaula?

El napoleonismo de Bolívar es evidente y en nada amengua su grandeza, más bien la engrandece más. Sólo los grandes, los genios, los héroes, alcanzan a los grandes, los genios y los héroes.

Cierto que fué menos egotista, más humano que Napoleón. Huyó de la tiranía. Y pudo escribir frases tan nobles sobre su renuncia al absolutismo.

«Legisladores: Al restituir al Congreso el poder supremo que depositó en mis manos, séame permitido felicitar al pueblo porque se ha librado de cuanto hay de más terrible en el mundo: de la guerra, con la victoria de Ayacucho y del despotismo con mi resignación. Proscribid para siempre, os ruego, tan tremenda autoridad; esta autoridad que fué el sepulcro de Roma!» Así dijo en el discurso que pronunció ante el Congreso de Lima, el 10 de Febrero de 1825, aniversario del día en que se encargara de la dictadura. Palabras que deben meditar aquellos pueblos de charca, que, como las ranas a Júpiter, piden rey, piden dictador, piden cacique, es decir, piden un supremo esclavo. El Libertador sabía que el supremo esclavo es el tirano, y no quiso esclavizarse a sus pueblos para mejor poder libertarlos.

El quijotesco amor a la gloria, la ambición, la verdadera ambición, no la codicia, no la vanidad del pedante, no el deseo de obtener pasajeros aplausos como un histrión, sino la alta ambición quijotesca de dejar fama perdurable y honrada, le movía. Lo reconocía él mismo. «Yo vivo de la estimación de los hombres», escribía en 1829 a Sir Robert Wilson,

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente